

El destino invisible de nuestra profesión

Ramón Carreras

Jefe de Servicio
Ginecología
y Obstetricia
Hospital del Mar
Barcelona

Esta noche, mientras esperaba que los amigos vinieran a cenar, recordaba lo que me sucedió ayer. Un alumno, a la salida de clase, se dirigió a mí. Quería entrar interno en el servicio. Su cara reflejaba alegría, transparentaba toda la fuerza de su decisión tomada. Quise saber el porque de su propuesta. Me habló de ilusión, de sus deseos de ser médico, de la satisfacción que él intuía se debe sentir al asistir el primer parto o ver la primera cesárea. También de implicarse en el futuro en un hospital y dedicar su vida profesional a resolver problemas de salud materno infantil, vincularse a la investigación y docencia. Supongo que al ver mi cara y mi silencio terminó, en forma de aclaración, con un "siento esta vocación".

He de confesar que hacía tiempo que no veía a un estudiante tan decidido a emprender un camino y también hacía mucho tiempo que alguien no me hablaba de vocación, refiriéndose a nuestro oficio. En unos instantes pasaron por mi cabeza mis propios inicios y también determinadas realidades del presente. Pensé en compañeros que dejaron por el camino ilusiones, otros que fueron indebidamente correspondidos. En algunos a los que les tienta, de vez en cuando, presentar su dimisión, debido a valoraciones impropias. Otros que resisten en espera de tiempos mejores que no llegan. En los que son acosados e incomprendidos por defender espacios de libertad propios de la dignidad de su práctica clínica. Y también en los que intentan subsistir, en esa ardua tarea de ser buen médico, tener responsabilidades docentes y mantener cohesionado un equipo de profesionales. En aquellos que ante las perspectivas del mal tiempo han optado por cerrar las ventanas, cuando antes bien abiertas, eran un espléndido canal de comunicación y saber. Posiblemente también en aquellos que las dificultades terminaron por superarles.

El estudiante hablaba de vocación y, con ello, de la ilusión que conlleva el compromiso con la tarea, con el trabajo, con los proyectos. De las ganas de aprender que llevan a progresar.

La reflexión que propongo gira entorno a la educación como utopía, entendida en el sentido, que me parece que también tiene, de noción de camino, de potencialidad, de cambio en el tiempo y en el espacio, para llegar algún día al "lugar" que no es ahora pero que podrá ser. La idea de incorporar el bienestar, la bondad y la sabiduría del hombre para incorporarlos a los objetivos educativos. El conocimiento es toma de consciencia y la consciencia es conocimiento.

La comunidad educativa y también la profesional ha de hacer la disección de esa consciencia, a veces dispersa, ahogada, lúcida, confundida, arbitraria, hiriente, pacífica... que anida en las "futuras vocaciones", para someterla al debate interno (en el hospital, en la universidad, en nuestras sociedades científicas) e incorporarla a los contenidos de conocimientos susceptibles de hacer buenos planteamientos, buscar (y quizás hallar) soluciones a los problemas candentes de nuestro colectivo profesional, docente o investigador, hacer propuestas (seguro que motivadoras) para pensar, para entender, para actuar solidariamente en la consecución de unos objetivos educativos comunes, y "de oficio" también comunes. Finalmente tendremos que salir "a la sociedad" para proyectar la discusión y el diálogo entre "toda la gente".

Queremos defender la vocación de los jóvenes y de los menos jóvenes, para orientarnos todos en el camino. Nos queda la fuerza de nuestra trayectoria colectiva y la palabra; no dejemos que nos la cambien ni que nos la roben.

Recordaré la expresión decidida del alumno después de despedirnos, su cara noble, su mirada agradecida, su pose segura pero acogedora y solidaria. El futuro está en él. Espero que estemos a su altura porque no hay que dejar de comprometerse con la vida.

Mañana, en el transcurso de la sesión clínica, presentaré al nuevo interno del servicio...